



# El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8767.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Estranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirige al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Wichester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR, 24

LUNES 19 DE ENERO DE 1891.

## COALICION REPUBLICANA

Comité electoral.

En reunión celebrada el día 8 por este comité, se acordó que se constituya en el domicilio de la Acacia, plaza de San Agustín, núm. 7; una comisión permanente que actuará todos los días desde las 10 de la mañana y ante la cual podrán exponer sus quejas y hacer sus reclamaciones los electores pertenecientes a las fracciones republicanas. Dicha comisión está asesorada de letrados pertenecientes al partido republicano. Cartagena 9 de Enero de 1891.—Por acuerdo del comité, el Secretario, B. Pico.

## LA SEMANA ANTERIOR

Mi médico, que es una buena persona, mejorando lo presente, me ha hablado tanto de la gimnasia, que he decidido dedicarme a hacerla. En efecto el lunes pasado principié a hacer ejercicios de fuerza y hasta bien entrado el jueves no tuve un momento de reposo. Como es natural quedé mal para la noche y la cama fue conmigo. Caer y dormirme fue todo uno. Pero a los cinco minutos un ligero quejido constante me hizo despertar. Incorporado, vi ante mis ojos un mamón con que Dios me obsequiaba. Entonces comprendí que lo de la gimnasia había sido puro sueño, y que lo real y efectivo era lo del mamón, que desde luego es un nuevo servidor de ustedes. Qué verdad es que San Antón acerca las viejas del rincón! Y cuidado que este año el día del santo convidaba a no salir de casa. Pero, así y todo, han salido. El día no pudo estar peor, es de-

cir si pudo estarlo; pero vamos, pedir más hubiera sido avaricia. Los anchos paseos de la alameda iban llenos de gente de todas clases, que si bien sentían el frío intenso y pretendían resguardarse del viento norte que soplabá, no encontraron en ninguna de estas contrariedades razones suficientes para dejar de concurrir a la romería. E hicieron perfectamente. San Antón está acostumbrado a recibir muchas visitas en el día de su Santo, y si este año no las hubiera recibido, el resentimiento era inevitable. ¡Claro está! Estas son las desventajas de las costumbres. Cuando se hace una, y el mejor día (ó el peor) se falta a ella, ofensa segura. Pues si señor, la romería estuvo animada. Por la mañana, el sol mostraba todo su esplendor, y acompañaba a los que acudían a la puerta de la iglesia a recibir la Santa Bendición de manos del Sr. Cura. Allí se encontraban en apiñado montón multitud de seres de ambos sexos y de varias clases, confundidos con las engalanadas caballerías que abandonando sus respectivas moradas, dirigiéndose a la plaza, donde majestuosamente se eleva la iglesia cuyo patron es el divino Anacoreta San Antón Abad. Todos fueron benditos en un mismo momento; todos probaron los rollos del Santo (que dicho sea de paso no se confeccionan con agua cristalina, según aseguran;) y todos volvieron hacia atrás contentos y satisfechos por haber cumplido con un deber impuesto desde tiempo inmemorial. Por la tarde, la concurrencia disminuyó, pero esto no obstante, no faltaron los consabidos puestos de avellanas finas y torraos pasajeros, ni los pobres que imploraban la caridad en el trayecto. El personaje que sentó sus reales en el pueblillo inmediato para presenciar toda la fiesta, y que

aun supongo permanece allí es el FRIO. ¡Lástima que no contento con estar en San Antón, se nos ha metido en Cartagena, y ni a tres tiros quiere largarse. A esto me dice un colega que va leyendo lo que yo escribo, que indudablemente desaparecerá. Y cuando él lo dice verdad tiene que ser, porque en astronomía está muy fuerte. Pero si espera al mes de Julio para tocar retirada, cada uno de nosotros para entonces, estará convertido en sorbete con copete y todo. A mí han empezado a helármese las narices. Como cada individuo tiene su monomanía, y perdonen ustedes el modo de señalar, mi amigo Pérez tiene la de la gordura. No piensa en otra cosa. El otro día llegó de Madrid y al saludarnos, noté que López me hizo un gesto que él tradujo por querer decir que lo encontraba delgado. Yo no traduje nada, porque no vi el gesto. Pues bien, Pérez en el momento se retiró del grupo. A los cinco minutos volvió a nuestro lado y encarándose con López, dijo: —Estoy como estaba. Acabo de pesarme, y peso 480 kilos. —¿480? contestó el aludido ¿y donde se ha pesa lo usted? —En la bécula del carnicero de la esquina. —¿Ah, entonces, pesa V. la mitad justa! Jota. EL PAPEL. ¿Quién podrá apreciar las consecuencias del inmenso trastorno y terrible perturbación que ocasionaría en la sociedad de hoy la desaparición absoluta y repentina de toda clase de papel? Privado

el hombre de improviso, de este precioso elemento con que cuenta para comunicar sus pensamientos, ya manuscribiéndolos, ya entregándoselos a la prensa, para que con pasmosa facilidad, los reproduzca hasta lo infinito, ¿a quién recurriría? ¿con qué lo sustituiría? Con nada. Porque si bien es cierto que antes de la invención del papel comunicaba sus ideas por medio de la escritura, era de una manera hasta defectuosa y reducida, valiéndose para ello de hojas y cortezas de árboles, planchas de plomo, de cera, tablas, conchas de tortuga, hojas de marfil, pieles de pescado ó intestinos de animales. No hay sustancia vegetal, animal ó mineral sobre la que el hombre no haya probado a trazar los caracteres ó signos de su escritura. Para conseguirlo sobre tan variadas materias; se servía, según su naturaleza, ó bien de punzones de metal ó marfil, ó ya de composiciones líquidas semejantes a la tinta con la que dibujaba ó delineaba una especie de pintura. Pero estos eran unos medios muy pobres y mezquinos, que si en aquellos remotos tiempos se utilizaban á falta de otros, solo servían para demostrar la imperiosa necesidad en que el hombre se encontraba, mas no para satisfacerla. Las pieles de pescados, convenientemente preparadas, y los pergaminos, eran preferidas á las demás materias, y constituían relativamente un progreso en aquella imperfecta industria; pero su escasez los hacía insuficientes, y eso que no puede compararse la necesidad de entonces con la magnitud de la de hoy que puede decirse es la vida de nuestra sociedad. El género humano estaría aun en la infancia de sus conocimientos, si no hubiera podido aprender á leer mas que en cortezas de árboles ó en pieles de pescado. Dedicado el hombre en los antiguos tiempos al ejercicio de las armas mas que al estudio de las letras, por más que existiese siempre la necesidad del papel, tenía forzosamente que ser más limitada. Tal vez si hubiese contado con la facilidad de adquirir conocimientos de que disponemos hoy, muchos de los hombres que se distinguieron en las ar-

mas hubieran sobresalido en las letras, y si bien en la historia figurarían menos guerreros famosos, en cambio aparecería mayor número de sabios venerandos, y la humanidad habría adelantado mucho en su civilización y economizado torrentes de sangre. La invención del papel está rodeada de una oscuridad tal, que ni puede fijarse la época ni el nombre de su inventor. Lo que parece positivo es que los primeros ensayos se hicieron por los Moros que ocuparon el Reino de Valencia, ignorándose el motivo de desaparecer aquella industria. Hay quien atribuye esta gloria á Menfis, ciudad situada á las inmediaciones del Nilo, donde se fabricó el primer papel con juncos de aquel río, creyendo algunos autores fué 880 años antes de la era cristiana, cuando Alejandro Magno invadió la Persia. Este papel era muy defectuoso, quebradizo, duraba poco, se estropeaba por su mucha transparencia, y sin embargo de sus malas condiciones fue generalizándose su uso, con el nombre de papel de Egipto, hasta el siglo X, en que en el Imperio griego de Oriente se inventó el papel de algodón, que aunque tenía idénticos defectos, era en menos grados. Otros, por el contrario, aseguran que el papel de Egipto no era otra cosa que las hojas ó capas delgadas de la corteza de la cañasa (cyperus papyrus), grande y majestuosamente que se cria todavía en los pantanos que comunican con el Nilo. Estas hojas ó capas las desprendían cuidadosamente y colocaban y pegaban una sobre otra formando ángulo recto sus fibras para darle fuerza, y prensadas y secadas, las doblaban, quedando así hecho el papyrus de Egipto, que ha sido el archivo de su historia. La opinión más admitida entre las personas que se han ocupado del origen é historia de esta importantísima industria es, que algunos de los soldados franceses hechos prisioneros en los combates de la primera cruzada, fueron empleados por un sarraceno que fabricaba el papel usado entonces, y á su regreso á Francia, establecieron, según lo que habian visto y aprendido, los primeros molinos que hicieron el papel.

regaleaba hasta lo necesario, y más de una vez le hizo sufrir con su irritante menosprecio á todo lo que no era él y sus opiniones. Concluido el duelo, hechas sus honras, cumplidas hasta la mitad las últimas disposiciones de Don Diego, su nieto empezó á ocuparse de su herencia y entonces vió con sorpresa un capital inmenso amontonado en ochenta y cinco años de vida y sesenta de trabajo. Era dueño de una fortuna que se le venía á las manos hecha honrosamente, justificada desde su origen y que si en metálico se contaba por un crecido número de millones, su casa solar de Santiponce, su medio palacio de Olivenza, sus dehesas y cortijos constituían una riqueza permanente, sólida y tan productiva como saneada. Arregló definitivamente sus negocios, se trasladó á Madrid donde pensaba establecerse y después dirigióse á Sevilla á visitar á su padre. Arias que le vestía luto á su suegro en memoria de su hija, le presentó á su esposa ceremoniosamente y luego puso en sus brazos una preciosa niña de racarada tez y cabellos de ébano, con graciosísimos hoyuelos en las

«Papa—le contestó satisfaciéndole—no me hace V. justicia y no me la hace V. ó por que no tuve la felicidad de ser comprendido, en aquel relámpago de ventura que Dios me hizo gozar, al vivir bajo el techo de mi padre, ó porque he sido olvidado, lo cual le conduce á usted á una mala inteligencia. Con la verdad de mis sentimientos, que ni finjo ni exagero, le aseguro á V. que poseo integros mi cariño y mi respeto; mi razón ya formada y mi corazón bien constituido, me prescriben las obligaciones que el hombre contrae por su nacimiento, y mi alma las consagra complaciéndose. Asístame Dios y mi padre y mi hermana verán como los amo.» Por entonces Don Diego dió una caída paseando, y fue el presagio de su muerte acaecida dos meses después. Su nieto le prodigó sus cuidados con incansable asiduidad, cumplió todos sus deberes filiales sin descuidar ninguno, pero ni lo libró ni lo sintió. Todas las sombras de su niñez y de su juventud él las había proyectado. Con sus odios le había emponzoñado las primeras felicidades del corazón, las de la familia; con su egoísmo le había aislado de todo trato; con su avaricia le

Antes de casarse participó á su hijo su resolución, esponiéndole las razones que le impulsaban y decidían á tomarla: La carta en la que se contaba más de un recuerdo á su primer compañera estaba fuertemente impregnada de melancolía. «Me alegro papa—le contestó su hijo á vuelta de correo—y apruebo sin reservas la resolución tomada y la elección hecha; repare V. la falta que la pérdida de mi madre le ha dejado, y por mi parte amaré á su nueva compañera con todo mi corazón, como le haga á V. feliz con sus cuidados y cariño.» Pero apesar de tan explícita aprobación, el hijo no fue á ver al padre al año siguiente ni al inmediato, con vivo sentimiento de Arias, que adivinó sin esfuerzo la causa. La idea de la madrastra se había interpuesto entre los dos. «Tienes una hermana—escribió el padre al hijo, á los últimos de Diciembre—le he dado el nombre que tu madre le dió á mi primera hija para unirte á tí con un lazo más, y deseo que la conozcas para que la ames dándole un lugar en tu corazón.» «No le contestó verla para amarla—contestó